

ERIC SELBIN

EL PODER
DEL RELATO

INTERZONA



Eric Selbin

EL PODER DEL RELATO

Revolución, rebelión, resistencia



INTERZONA

INTERZONA

Selbin, Eric

El poder del relato : Revolución, rebelión, resistencia /
Eric Selbin ; traducido por Alejandro Droznes. - 1a ed. -Buenos
Aires : Interzona Editora, 2012.

352 p. ; 22x13 cm.

ISBN 978-987-1180-84-4

1. Historia. I. Droznes, Alejandro, adapt. II. Título
CDD 909

© Eric Selbin, 2010

© interZona editora, 2012

Pasaje Rivarola 115
(1015) Buenos Aires, Argentina
www.interzonaeditora.com
info@interzonaeditora.com

Traducción: Alejandro Droznes
Coordinación editorial: Mariel Mambretti
Diseño de maqueta: AR36
Tapa y composición: Hugo Pérez
Corrección: Luz Azcona y Vanina Escalles

ISBN 978-987-1180-84-4

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*
Libro de edición argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

AGRADECIMIENTOS

Este libro involucró a un pequeño ejército. Mi deseo es que refleje el conocimiento y el talento de tanta gente asombrosa. Todos los errores que haya en estas páginas son míos, y es muy probable que aquellos que me advirtieron al respecto hayan sido risueñamente ignorados. Les pido perdón a ellos y a los lectores.

Hubiese sido imposible recibir de mi familia más apoyo del que recibí. Siento un profundo aprecio por mis padres, hermanos (y sus parejas), sobrinos y parientes políticos. Receloso de los modelos arbores, le agradezco con inmenso retraso a la señora Guerin quien, en Louisiana en 1969, animó el interés de un chico que por entonces iba a quinto grado, acerca de la Revolución Cubana; y a Mary Francis Ragland King, que creyó en mí mucho antes de que yo hiciera lo mismo.

Henry Dietz y Greg Gullickson en Texas, y Brooks Clapp y el senador George McGovern en Washington D.C., me ayudaron a comprender cuáles eran mis verdaderos intereses; Cecil Eubanks y Cal Jillson me impulsaron a refinarlos en LSU. En Minnesota, mis mayores deudas son con Kathryn Sikkink, Brian Job, Mary Dietz, Ron Aminzade y con una extraordinaria cohorte de estudiantes graduados; Kathryn Hochstetler sigue siendo una queridísima crítica. Tom Walker, John Dunn y Jack Goldstone fueron generosos con su tiempo, y en Nicaragua hubo gente increíble que compartió sus historias conmigo. Tuve la suerte de conocer tempranamente a Tim Wickham-Crowley, a través de él a John Foran y Jeff Goodwin, y a través de ellos a Sid Tarrow y a Chuck Tilly y (una vez más) a Jack Goldstone; en algún momento,

Karen Kampwirth se unió a nosotros. Son colegas inspiradores, y lamento que Chuck no esté aquí para ver este libro.

Durante un verano en Cornell, Sid me obligó a tomar en serio la Revolución Francesa y Misagh Parsa hizo lo mismo con Irán. Otros veranos, en Granada y Chihuahua, me hicieron conocer más relatos de resistencia, rebelión y revolución.

La Southwestern University ha sido generosa con su apoyo a través del *Cullen Faculty Development Fund* y del programa *Brown Distinguished Research Professor*, que me permitió posicionarme como *University Scholar*. Mis agradecimientos a los presidentes Roy Shilling y Jake Schrum y a los rectores Michael Rosenthal, Dale Knobel y Jim Hunt. Asimismo, la reunión conjunta con el *Department of Peace and Conflict Studies* de Umeå University fue una experiencia excepcional; quisiera agradecer de manera particular a Cindy Kite, Torbjörn Bergman, Katerina Eckerberg, Susanne Alldén, Svante Ersson y Malin Wimelius.

Agradezco también a los colegas de Southwestern que discutieron algunos tramos difíciles de todo esto: Cristina Alcalde, Shana Bernstein, Daniel Castro, Suzanne Chamier, Steve Davidson, Teena Gabrielson, David Gaines, Alisa Gaunder, Traci Guliano, Georgeianne Hewett, Laura Hobgood-Oster, Melissa Johnson, Jim Kilfoyle, Lisa Leff, Erik Loomis, Maria Lowe, Tom McClendon, Helene Meyers, Jacqueline Muir-Broaddus, Jimmy Smith, Bob Snyder y Shannon Mariotti, cuyas apreciaciones y entusiasmo fueron invaluable. Shannon Winnubst y Jennifer Suchland, por su parte, no son colegas sino familia, y sus consideraciones, su apoyo y su pasión son para mí la esencia del amor y la amistad. Les doy las gracias también a algunos estudiantes brillantes (muchos de los cuales son, hoy en día, profesores): Dra. Margaret Dorsey, Jennifer Mathews, Amy McKee y Dra. Jennifer Suchland; Dra. Meghana Nayak y Dra. Annie Richard; Jenny Carlson y Ashleigh DeSoto; Rakhee Kewada, Mary Kierst, Alison Kuo, Brian Gingrichy Meagan Elliott. Toni Nietfeld y Callie Paige hicieron la mejor película del mundo sobre la Comuna de París (en cinco minutos y con doce personas) y fueron muy alentadores.

Zed Books es un lugar especial. Estoy agradecido a Ellen Hallsworth, que quiso este libro, y a Ken Barlow, que se sumó amablemente cuando ella ya no pudo seguir en el proyecto y leyó minuciosamente el manuscrito. La avezada revisión de Robin Gable y la tipografía de Lucy Morton lo beneficiaron inmensamente, y la lectura atenta, cuidadosa y juiciosa del profesor Harald Wydra sobrepasó lo que un autor podría esperar.

La experiencia de aplicarse a un proyecto largo sólo para descubrir trabajos que cubren un territorio similar y amenazan con hacer inútil lo ya realizado es desalentadora. Con algo de suerte, una lectura más atenta convertirá esos trabajos en una fuente de ayuda y sostén para el propio proyecto. Una comunidad de investigadores no está solamente sentada sobre los hombros de aquellos que la precedieron; también está fortalecida por el trabajo y el esfuerzo de los que trabajan codo a codo en busca de la acumulación de conocimiento y del santo grial del entendimiento y la comprensión. El provocativo *Revolutions and History: An Essay in Interpretation* (1999) de Noel Parker, la deliciosa obra *La Revolución: Mexico's Great Revolution as Memory, Myth, and History* (2000) de Thomas Benjamin, y el irresistible *It Was Like a Fever: Storytelling in Protest and Politics* (2006) de Francesca Polletta, son buenos ejemplos a la hora de pensar en trabajos estimulantes.

Este libro está dedicado con todo mi amor, mi admiración, mi aprecio (y aun más) a mi familia. Los dos seres humanos que más cerca están de la perfección, Jesse y Zoe Cordes Selbin, aman los relatos y, cada uno a su manera, han sido bendecidos con el don de poder contarlos; que ellos hayan tenido una participación tan especial en lo que se verá aquí constituye para mí un placer particular. Helen Cordes, hermosa y talentosa, ha hecho, como siempre, más de lo que le correspondía en cuanto a la crianza de los niños y sus tareas de la escuela. Lo mismo puede decirse de los quehaceres domésticos. Decir que trabajó a tiempo completo es poco. También tuvo que ir a lugares que no estaban muy cerca. Además, leyó todo mi trabajo y me mantuvo en carrera. Helen cuenta hermosas historias que a todos nos encanta escuchar, y su amor es prodigioso.



1. UN PROLEGÓMENO, UNA APOLOGÍA Y UNA OBERTURA

Una historia*, sin duda apócrifa, que es comúnmente utilizada para expresar el fin de lo viejo y el comienzo de lo nuevo, cuenta que, cuando fue avisado por el duque de la Rochefoucauld de la toma de la Bastilla, Luis XVI de Francia preguntó “¿Es una revuelta?”, a lo que la clara mirada de su interlocutor respondió “No, Su Majestad, es una revolución” (Cumberlege, 1953: 407). Éste es el ejemplo más famoso de la notable capacidad del duque para el presentimiento, aunque debe decirse que, con los años, ni siquiera un almacén de “hechos” tan imponente como el *Oxford Dictionary of Quotations* ha podido resistir la tentación de mejorar un poco el relato. Así, en la cuarta edición, casi cuarenta años después, el rey, quizá sintiendo el peso de la Historia y con la sensibilidad un tanto movilizadora por el reciente bicentenario de la revolución, pregunta “¿Es una gran revuelta?”. El duque, transformado ahora en un “reformista francés”, asegura a su señor que no se trata de una mera revuelta sino de “una *gran* revolución” (Parrington, 1992: 411; las bastardillas son mías). Quizá partiendo de su propio aforismo, que afirma que “hay una especie de revolución de carácter tan general que modifica los gustos así como los destinos del mundo” (La Rochefoucauld, 1896: 143) el duque bosquejó semejante distinción y, presumiblemente en tonos sombríos

* Dado que tanto *story* (relato) como *history* (la ciencia histórica) se traducen, en castellano, como *historia*, hemos decidido traducir *story* como “relato” y como “historia”, y verter *history* como “Historia”, con mayúscula inicial. (N. del T.)

pero haciéndose escuchar claramente, declaró la caída de la Bastilla como “una revolución”¹. *C'est vrai*, y las más modernas ideas de la revolución siguen profundamente en deuda con él.

Veamos ahora una historia más reciente, realmente poco más que una viñeta, y sin duda también apócrifa. Un estudiante asistió, en la Ciudad de México, a una reunión en la que el orador quería comunicar el compromiso con la lucha a través de un relato: un periodista le preguntaba a la Comandante Ramona, miembro del Ejército Zapatista de Liberación Nacional que iba a reunirse con los oficiales mexicanos, cuánto tiempo estaban dispuestos a luchar los zapatistas. La diminuta mujer se encogió de hombros y respondió que, considerando que lo habían estado haciendo durante quinientos años, quinientos años más no le parecían imposibles. ¿Es verdadera esta historia? Lo cierto es que recuerda al comentario de Steffen respecto de un supuesto intercambio entre Lloyd George, primer ministro británico, y Mussolini: “¿Auténtico? No lo sé... Como tantos otros rumores, es más auténtico de lo que indican los registros... Pero alguien lo dijo, alguien que entendía de qué se trataba” (1931: 809). Lo que esta anécdota sugiere es que su lucha, la lucha, estaba operando en otra escala de tiempo, en otro nivel.

Cuenta Burckhardt que durante el Renacimiento, en lo que más tarde sería Italia, había un pueblo (se cree que se trata de Siena) que era liderado por un militar valiente y talentoso. Este jefe “los había liberado de la agresión extranjera”. Ansiosa por premiar al héroe, la gente se reunía a diario para pensar cómo recompensarlo; querían extremar su generosidad. Habiendo determinado que incluso hacerlo “señor de la ciudad” no sería suficiente, decidieron matarlo para poder “rendirle culto como a nuestro santo patrón”. Y eso hicieron, “siguiendo el ejemplo del senado romano con Rómulo”. Lo que debe remarcarse aquí, según Burckhardt, es que se trata de “una vieja historia, una de éstas que son verdaderas y falsas, que suceden en todos lados y en ninguno” (Burckhardt, 1958: 40)². A veces, la verdad puede ser entrevista aunque el relato no capture “lo que realmente pasó”.

Estas breves historias son diferentes y distantes entre sí; varían en

alcance y escala, tono y tenor, intensidad y sutileza. Todas pueden ser condensadas en una esencia crítica que captura un significado amplio y transmite un mensaje, que no es siempre el buscado: esto significa que las transformaciones del relato, una vez que es oído y comprendido, están más allá del control de quien lo cuenta. Estas historias definen un momento que no termina, sugieren que hay conceptos y cuestiones que trascienden el tiempo, y nos recuerdan que, al final, si no tenemos nada, tenemos al menos nuestras historias y, por lo tanto, alguien en quien confiar.

¿Cuál es el relato?

Si el “Había una vez” con el que comienza una narración es mágico para un niño de cualquier edad, es porque el relato que introduce es, en cierta forma, una elucidación de quién, cómo, por qué, cuándo, dónde y cómo fuimos, somos y seremos. A veces estos relatos son poco más que descripciones de los detalles de la vida diaria, desplegados para ser compartidos con otros o quizá sólo con nosotros mismos, creando las condiciones materiales e ideológicas de nuestra existencia. Pero también, y remarcando que narración y relato no son idénticos, es frecuente usar relatos no sólo para narrar nuestras vidas sino para *contarlas*, para compartir novedades y para mucho más: para aconsejar, para advertir, para inspirar, para tornar real y posible lo que puede parecer irreal e imposible. Los relatos nos permiten imaginar la transformación de nuestras vidas así como la del mundo.

La transformación de las condiciones materiales e ideológicas de nuestras vidas, por no mencionar los grandes acontecimientos mundiales que suelen suceder, al menos aparentemente, demasiado lejos de nuestros dominios, suele ser formulada y elaborada en términos de resistencia, rebelión y revolución. Y es en particular la idea de revolución la que capta lo que queremos decir y lo que buscamos cuando hablamos de transformación. Mientras múltiples definiciones e

indagaciones sobre la revolución van y vienen, décadas de investigación de las ciencias sociales han hecho poco por ayudarnos a entender por qué las revoluciones suceden aquí y no allí, ahora y no entonces, en estos pueblos y no en aquellos. Lo que proponemos es que el factor crucial a la hora de explicar cómo y por qué persiste la revolución está en los relatos sobre revolución, rebelión y resistencia que contamos y hacemos circular. En particular, utilizando los conceptos de mito, memoria y mimesis, es posible identificar cuatro relatos básicos de la revolución que aparecen en culturas muy diversas a lo largo de grandes lapsos de tiempo. No son los únicos y es indudable que algo se pierde al agruparlos como tales. Aun así, hay mucho por ganar si reconocemos que nos dicen quiénes y cómo somos, cómo nos comportamos, qué estamos dispuestos a hacer y en qué circunstancias.

Por lo tanto, es necesario fomentar un retorno sistemático de los relatos a la metodología de las ciencias sociales para exponer así el penetrante rol del mito, la memoria y la mimesis, y para identificar aquellos relatos básicos que sostienen, de manera fundamental, los esfuerzos conscientes de los pueblos en pos de la resistencia, la rebelión y la revolución. Para esto es importante reconocer el mito y la memoria de la revolución, así como también el poder de la mimesis para la movilización y el sostén de la actividad revolucionaria. Esto se refleja en cuatro relatos básicos, duraderos y legibles, que hablan de la condición humana y no se limitan a informar sino que funcionan como catalizadores para cambiarla. Tanto para profundizar nuestra comprensión de la revolución como para preservar la utilidad del concepto, necesitamos nuevas aproximaciones que pongan el foco en las ideas y sentimientos de la gente que ha estado, y está, comprometida en el proceso revolucionario. Esta perspectiva procura vincular la lucha por un futuro mejor con las historias que la gente relata (y reelabora continuamente) acerca de las luchas e injusticias pasadas.

Los cuatro relatos mencionados son: el relato de las revoluciones civilizadoras y democratizadoras, el relato de la revolución social, el relato de la revolución como liberación y libertad, y el relato de las

revoluciones perdidas y olvidadas. Cada uno es un intento de reunir hebras dispares que, sin embargo, tienen lo suficiente en común como para ser leídas como formas con las que la gente busca darle sentido al pasado, explicar el presente e imaginar y posibilitar un futuro. Estas amalgamas no pretenden ser tipos ideales: ninguna situación o proceso revolucionario se corresponde totalmente con un relato. La mayoría se ven a sí mismos en muchos relatos diferentes, dependiendo de quién cuente la historia, dónde, cuándo y a quién. Lo que es imperativo, como hemos argumentado anteriormente (Selbin, 2003: 84), es que, junto a las condiciones materiales y estructurales que han guiado nuestras investigaciones sobre resistencia popular, rebelión y revolución, debemos encontrar un lugar para el rol desempeñado por los relatos (y las narraciones) que han animado y alentado a generaciones de revolucionarios a través del tiempo y las culturas.

El retorno del relato como tema de exploración de las ciencias sociales para el análisis de procesos de resistencia, rebelión y revolución parece retrasado; de ahí que quizá sea tiempo de implementar un “giro” en la disciplina. El rechazo, durante gran parte del siglo xx, de narraciones proliferas y relatos paliatorios, y la búsqueda de un entendimiento más amplio, fueron admirables en un principio, pero abrieron una significativa distancia respecto de las vidas reales de las personas. En consecuencia, en la era industrial tardía, o posindustrial, el relato y el arte de contarlos han experimentado, en cierta manera, un renacimiento. Es probable que esto haya sido promovido por las nuevas tecnologías, que permiten que más personas puedan contar historias, satisfaciendo así la antiquísima necesidad humana de comunicarse con los otros y con uno mismo.

La vuelta del relato

Investigadores muy diferentes, como Byatt (2001: 166), McNeill (2000: 9) o White (1984: 19-20), han puesto en tela de juicio lo que podría

entenderse como una obsesión modernista y posmodernista en los asuntos de la conciencia y la intencionalidad, para enfatizar la afición humana a los relatos. Esto no implica sugerir que la gente quiere, “simplemente”, una descripción; los relatos son mucho más que eso, ya que pueden generar una apertura de las conductas y las evaluaciones que llevan consigo las personas, dentro de las concepciones establecidas respecto de cómo funciona el mundo y por qué, en el sentido de lo que es posible llevar a cabo o no y en la percepción de la propia fuerza.

Esto, y mucho más, puede verse en el convincente trabajo de Francesca Polletta titulado *It Was Like a Fever: Storytelling in Protest and Politics* (2006); en los textos de Chuck Tilly «The Trouble with Stories» (2002) o *Why?* (2007), ambos deliciosos; en el estudio de Jimmy Smith llamado *Stories of Peoplehood* (2003); o en volúmenes como *Storytelling Sociology: Narrative as Social Inquiry* (2005a), de Berger y Quinney, o *Stories of Change: Narrative and Social Movements* (2002a), de Davis. Estos trabajos, más allá de sus diferencias, y siendo cautos y conscientes de la complejidad del tema, llaman a examinar los fértiles recursos que se encuentran en la circulación de relatos. Asimismo quiero señalar que han ayudado a sentar las bases para buena parte de lo que sigue.

También se le ha prestado cierta, aunque limitada, atención a los relatos dentro de los estudios sobre revolución. Por ejemplo, historiadores como Ozouf (1991) y Baker (1990), en diferentes medidas, han proporcionado un espacio a la dimensión del relato. Al mismo tiempo, los investigadores más destacados en el tema de la revolución no han ignorado al relato de manera absoluta: el espléndido *Revolution and Rebellion in the Early Modern World* (1991), de Goldstone, dedica un capítulo a algunos de los factores que se constituyen en los relatos. También el provocativo *Revolutions and History: An Essay in Interpretation* (1999), de Parker, argumenta de manera persuasiva acerca del lugar de la narración. Y el relato y la narración están dentro del notable conjunto de factores que Foran reúne en su magistral esfuerzo por agrupar lo último en materia de revoluciones, en su *Taking Power: On the Origins of Third World Revolutions* (2005). De manera menos explícita, los trabajos

de Holloway (2002) y Khasnabish (2007) recalcan la importancia de la articulación de relatos y narraciones convincentes e irresistibles para cualquier esfuerzo positivo y coherente orientado al cambio.

Hay varias suposiciones que son centrales en esta tarea. La más importante entre ellas es que los pueblos cuentan historias, y que las historias que cuentan los definen como pueblos (como *un* pueblo o como *el* pueblo). Creamos, entendemos y dirigimos el mundo a través de las historias que contamos. Si ser humanos forma parte de nuestra biología, son los relatos los que nos definen como personas, y en particular esos relatos simples, comunes, que parecen tan “universales” como “eternos”, por más que los proclamemos como particulares de nuestras circunstancias específicas; historias que son sorprendentemente penetrantes, que evocan el pasado y a nuestros ancestros, aunque los registremos en función del presente y con un ojo en el futuro. Lo aquí propuesto es que quiénes somos, qué somos, es inseparable de las historias que contamos. Lo cual, finalmente, equivale a decir que las historias son todo, y que todo, de una forma u otra, es una historia.

Nuestros relatos son creados y utilizados para una ilimitada cantidad de propósitos, de los cuales es posible que no conozcamos todos. Son la forma en que nos explicamos el mundo a nosotros mismos, y son la forma en que queremos que éste sea. Puede que las historias sean la más duradera evidencia de muchas de las creencias y valores que más nos importan; una pieza sustancial del misterio, sin la cual cualquier respuesta es incompleta.

Los científicos evitan, supuestamente, la formulación de hipótesis para aquello respecto de lo cual ya tienen las respuestas (aunque creo que una interpretación más ajustada de la empresa científica reforzaría la creencia popular según la cual uno nunca hace una pregunta para la que no tiene, una respuesta). Y las respuestas, con sus distintas calidades y sus diversos grados de satisfacción, parecen ir y venir; lo que sobrevive son las preguntas. Este trabajo fue orientado por las preguntas que conducen a tantas personas a estudiar la revolución: ¿por qué las revoluciones suceden aquí y no allí, ahora y

no entonces, en estos pueblos y no en aquellos? Es la articulación de relatos convincentes, como será explorado en extenso en las páginas que siguen, lo que permite a los pueblos fortalecer la búsqueda de la modificación de las condiciones materiales e ideológicas en sus vidas cotidianas. La propuesta es que, a través de entrevistas en profundidad y de la recolección de instrumentos de la cultura popular como son las canciones, las obras de teatro, los programas de televisión, los cuentos populares y demás, se puede establecer la medida en que un colectivo de resistencia, rebelión y revolución puede darse en cualquier sociedad y en cualquier época. ¿Qué hacer?

Introduciendo nuevamente el relato

En los primeros días de las ciencias sociales había dos grandes proyectos. Uno se constituyó en el esfuerzo, posterior a la Segunda Guerra Mundial, de escapar del yugo de los “grandes hombres”, de los imperios épicos y de los mitos y fábulas que ambos conllevan. El otro refleja la creciente tendencia, en las concepciones liberales burguesas occidentales, a considerar como unidad de análisis al individuo atomizado. Como resultado, se consideró necesario dividir nuestra comprensión del mundo en unidades discretas y administrables, enfocando, también de manera atomizada, cuestiones sociales (sociología), políticas (ciencia política), económicas (economía), psicológicas (psicología) e incluso culturales (antropología). Las primeras víctimas fueron las historias y los relatos, que quedaron relegados a los márgenes y fueron percibidos cautelosamente, con desconfianza. Es justificado hacer aquí tres breves comentarios.

Primero, “Historia” es el término comúnmente utilizado para rotular a nuestro depósito de conocimiento; y en otras épocas estaba constituida por las tradiciones populares, los relatos y los cuentos. La Historia, tradicionalmente, narraba historias que eran una combinación de realidad y ficción. Esto, en la euforia de la Ilustración y

particularmente a los ojos del racionalismo del siglo XIX, fue súbitamente considerado un horror. Mucho esfuerzo fue puesto en la idea de que los historiadores eran artesanos (y no se trata de un término *unisex*) que lidiaban únicamente con “hechos”. Mientras que los narradores* eran libres de inventar lo que quisieran, los historiadores debían ceñirse a *la Verdad*, una convicción orientada a obtener el estatuto de “ciencia” que ha dominado a las sociales hasta el día de hoy (Selbin, 2008: 132). Pero no nos basta únicamente con las destrezas de la investigación moderna: necesitamos también la herramienta tradicional de tantos estudiosos, revolucionarios y rebeldes, de tantos que resisten: concretamente, relatos útiles y poderosos.

En segundo lugar, aquellos que vivimos y/o fuimos entrenados en los puestos de avanzada occidentales estamos excesivamente envueltos por la idea de que hay cosas que deben ser designadas como hechos reales y otras que deben ser entendidas como ficción. Los relatos, se presume, han de estar, en su gran mayoría, en la zona de la ficción. Sin embargo, la idea de separar la miriada de historias que contamos en términos de hechos reales y de ficción es relativamente moderna, así como su efecto inmediato, que es asignar a los hechos utilidad e importancia y a la ficción insignificancia. La ficción, ridiculizada al punto de ser considerada un entretenimiento, no es percibida como una guía confiable en nada que sea importante. Sin embargo, es gracias a la ficción que las grandes verdades y las historias ocultas pueden ser reveladas y hacerse accesibles.

Las cosas empiezan a cambiar. El reconocimiento, por momentos a regañadientes, de que quizá los informantes “nativos” tenían algo importante que decirnos, y que comenzó en la década del 50, inauguró un proceso que puede verse representado recientemente, con la

* La voz inglesa *storyteller*, utilizada aquí por el autor, podría traducirse como “cuentacuentos”, pero preferimos evitar este término ya que acarrea un matiz infantil que no está presente en el idioma de origen. Elegimos “narradores”, pero es necesario aclarar que se trata de narradores orales, y no de la entidad discursiva de los textos escritos. (N. del T.)

rehabilitación de Herodoto (Strassler, 2007; Romm, 1998; Thompson, 1996). Herodoto, aunque célebre por ser considerado “el Padre de la Historia”, fue también visto como un fabulista y condenado por sus “mentiras”. Sin embargo, va creciendo la idea de que desechando lo malo perdemos también lo bueno, y con ello el aprecio por lo que él tenía para contarnos. Por ahora, es suficiente con notar que, por más atractivo que pueda ser el esquema binario (“hechos reales” - “ficción”), es poco útil a la hora de responder el tipo de preguntas que aquí se plantea. Esto no quiere decir que podemos inventar hechos. Hobsbawm, en su convincente formulación, afirma que “Elvis Presley está muerto o no lo está. La pregunta puede ser contestada sin ambigüedad sobre la base de la evidencia, en la medida que en que haya evidencia confiable disponible, lo cual a veces sucede. El actual gobierno turco, que niega la tentativa genocida de los armenios en 1915, puede tener razón o no tenerla” (1993: 63). De todas formas, las cosas sólo raramente son tan sencillas. Y las preguntas nunca lo son. Ni siquiera a veces.

Para gran parte de lo que “sabemos” con diversos grados de certeza, hay poca “evidencia confiable”. E incluso cuando la hay, queda mucho por ganar si tratamos de entender a quiénes creen que Elvis no murió y sus porqués, ya que podemos establecer que, de hecho, Elvis ha abandonado el edificio para siempre*. Lo realmente importante es lo que ha hecho la gente con la evidencia, inclusive si elige no creer en lo que se presenta como un “hecho”. Esto es complicado, desprolijo y real. La desprolija realidad es que, a pesar de los mejores esfuerzos científicos y sociales por categorizar y analizar, las personas son, en última instancia, poco sistemáticas, complicadas y contradictorias. Hay elecciones que parecen desmentir nuestros propios intereses, o que generan un comportamiento aparentemente “irracional”.

* *Elvis has left the building* (“Elvis ha abandonado el edificio”) era la frase utilizada por los anunciadores para dispersar al público después de los conciertos del músico estadounidense. (N. del T.)

Para agravar la situación, no es tan claro que las personas seamos conscientes de nuestra propia perspectiva, del entendimiento que tenemos del mundo, de nuestro lugar y nuestras posibilidades. Y si estas cuestiones no son claras para quien las experimenta, el discernimiento es aún más difícil para aquel que mira desde afuera.

“La pobre historia”, se lamentaba Galeano, “había dejado de respirar: traicionada en los textos académicos, mentida en las aulas, dormida en los discursos de efemérides, la habían encarcelado en los museos y la habían sepultado, con ofrendas florales, bajo el bronce de las estatuas y el mármol de los monumentos” (1985: xv)³. Marcus señala que “nuestra idea de la Historia, al menos en la forma en que se presenta en nuestra cultura cotidiana, es estrecha, pobre y debilitante. El lugar común de que la Historia existe únicamente en el pasado no es más que una mitificación que se resiste fuertemente a cualquier investigación crítica que pueda revelar que se trata de una suposición fraudulenta o de una prisión. Se supone que estamos viviendo fuera de la Historia, haciéndola y deshaciéndola (olvidándola y negándola) todo el tiempo, de más maneras de las que creemos” (1995: 3-4). Claro que capturar la Historia no resulta una tarea fácil: Steffens, frustrado en su intento de cubrir la revolución desplegada en Rusia, se quejaba: “¿Cómo se puede captar la Historia mientras se produce? Había muchas Historias desarrollándose en un mismo momento, inconexas entre sí, frecuentemente contradictorias. Y todas eran ‘la Historia’. Hemos oído muchas de estas narraciones, pero también es cierto que ignoramos aun más. Nadie podría escucharlas todas, y nadie podrá. La Historia es imposible” (1931:749). E incluso así, sus descubrimientos y hallazgos han sido fuente de fascinación para mucha gente. Basta con atestiguar los heroicos esfuerzos que se han hecho para proveer información acerca de ella.

Tradicionalmente, la Historia ha sido construida desde arriba, escrita por los victoriosos, orquestada por los poderosos e interpretada para la población. Hay otra Historia, y está enraizada en la percepción de la gente respecto de cómo el mundo continúa desarrollándose

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en www.interzonaeditora.com y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA